

## Saberes en tensión: de la “frontera imperial” a los “bordes coloniales”

En el contexto de un giro socio-político muy relevante para el siglo xx en la región del Caribe, el triunfo de la Revolución Cubana, el intelectual dominicano Juan Bosch popularizó con uno de sus libros fundamentales (*De Cristóbal Colón a Fidel Castro*, 1970) la noción de “frontera imperial”. En aquel análisis, que pretendía contemplar la historia regional desde la contradicción entre dominación imperial y luchas de liberación nacional, la frontera adquiriría el carácter de un espacio de negociación externa que situaba el Caribe al arbitrio de poderes supranacionales, los cuales diseñaron las formas y las vías que dieron cuerpo a una idea de nación y, por supuesto, de cultura nacional. Unos años después, hacia la década de los ochenta, se había consolidado una suerte de *mainstream* intelectual que discursaba sobre el Caribe, desde el Caribe, en tanto territorio conceptual sólido y que hacía posible su visualización, además, como un “paisaje” discursivo (Glissant: 1981), como una “isla” cultural (Benítez Rojo: 1989).

Aunque la síntesis parezca excesiva y otros muchos hechos pudieran mencionarse,<sup>1</sup> lo cierto es que en el lapso de tres décadas (1959–1989) se dibujaron los contornos del concepto de Caribe que suele ser más atendido a nivel académico: uno que apunta hacia los límites regionales, el otro hacia un espacio cultural concreto. Considero que en ese núcleo histórico se condensan unas prácticas y usos en términos de “saber” sobre los que quizás sea oportuno reflexionar hoy. En primera instancia porque, dominada por la idea de la “frontera imperial”, se organizó una episteme *Caribe* en la que la región suele ser visualizada como emplazamiento de concreción de un cierto proyecto “civilizador” (colonialismo, neocolonialismo, etc.). Una vez sobreimpuesto ese paradigma de la contención, de la domesticación territorial, se despliegan por debajo, y sobre

1 Una hecología que es no solamente histórica sino, y fundamentalmente, discursiva. Piénsese en el auge de la producción literaria y ensayística caribeña en este período, el surgimiento de una institucionalidad de carácter regional del tipo CARICOM, o la consolidación de un espacio para la confluencia y circulación de la producción artística e intelectual de la región a través de las universidades o instituciones como Casa de las Américas.

todo en el horizonte de las prácticas culturales, trayectorias diversas que siguen un afán similar.

Este tratamiento objetual del Caribe, por ejemplo, ha estado ligado fundamentalmente a dos tipos de demandas: unas de tipo conceptual que garantizaran niveles de estabilidad territorial y cultural; y otras de naturaleza epistémica, garantes estas últimas de legitimidad histórica y axiológica. Así, se organizaron de una parte ciertos contornos jerárquicos que permitían estabilizar, regularizar y normativizar comportamientos lingüísticos, discursivos, nacionales, etc., cuyos mecanismos reguladores a nivel metropolitano adquirieron matices conceptuales diversos: balcanización, diversidad, pluralidad, fractalidad... La mirada al objeto cultural “Caribe” sigue estando atada, de alguna manera, a ese régimen de observación que pasa por el prisma conceptual de la fragmentación. Una vez diseñada la frontera, el límite que corresponde a la pedagogía cultural de la Nación-Estado, el observatorio académico despliega el trazado de otras cartografías subsidiarias de ese entramado ideológico: proyectos subjetivos e identitarios, modelos de ciudadanía, repertorios simbólicos... De ahí esos “espacios” discursivos opacos que parecen delimitar el inestable territorio de las prácticas culturales, mundos aislados y previstos por un cómodo determinismo lingüístico que construye la idea de Nación a imagen y semejanza de la Lengua-Cultura (metropolitana).<sup>2</sup>

Por otra parte, las garantías de periodicidad, regularidad, relevancia o pertinencia, son controladas conceptualmente por la metodología temporal e interpretativa de Occidente, hecho que sabemos conduce a numerosas incongruencias analíticas hasta ahora poco atendidas: solapamientos entre matrices ideológicas metropolitanas (Ilustración, Modernidad, Postmodernidad, etc.) y producción cultural colonial; prevalencia de géneros y tipologías legitimadas (escritura vs. oralidad, alta cultura vs. cultura popular); centralismo lingüístico metropolitano (lenguas nacionales vs. *creoles*); por solo mencionar algunas de las más relevantes.<sup>3</sup> Sin embargo, ha sido este a grandes rasgos el movimiento

2 Quizás esa sea una de las causas que explican la incomodidad académica para lidiar con el universo de las culturas *creoles* y sus atipicidades, incluso para los propios académicos caribeños. El universo *creole* de base francófona, por ejemplo, sigue siendo un territorio de tensiones permanentes en tanto sus realizaciones efectivas distan mucho de acomodarse a la idea de una lógica cultural nacional. El propio *Elogio de la Creolidad*, de Chamoiseau, Confiant y Bernabé, es en el fondo un reconocimiento de las dificultades que entraña un tipo de perspectiva nuevamente esencialista al entorno regional, en tanto las prácticas del creole, como lengua, como cultura o como expresión artística, denotan diferencias marcadas al trasladarse de contexto. Piénsese que en casos como los de Guadalupe o Martinica, ni siquiera puede hablarse con legitimidad de expresiones culturales “nacionales”. Por no decir que expresiones culturales *creoles*, entendida la creolidad como fenómeno sociohistórico, siguen siendo marginales en muchos países.

intelectual que se ha desplegado sobre el Caribe como entorno conceptual y que conduce siempre a las mismas preguntas: ¿Qué es el Caribe? ¿Cuáles son sus marcas de singularidad? ¿Hasta qué punto es un territorio inteligible, digamos “intelectualizable”?

Enfrentados al escenario del mundo contemporáneo quizás nos encontremos ante un estado de cosas que parece haber cancelado, o al menos suspendido, ese régimen histórico de garantías que permitía “referirse” (hablar de, discursar sobre) al/el Caribe como un horizonte dominado, al menos teóricamente, desde encuadres más o menos estables. O al menos desde los encuadres que proponían las extensiones de las fronteras imperiales, unas fronteras que no son hoy las del colonialismo sino las de la colonialidad como matriz de dominación subjetiva.

En el marco del Seminario Internacional “El papel de la cultura en el Caribe hoy: contextos y desafíos”, celebrado en la Casa de las Américas de La Habana a finales de 2014, la profesora Anja Bandau llamaba la atención sobre la necesidad de un acercamiento cauteloso a la cuestión académica de lo caribeño, sometida hoy a posicionamientos mucho más inestables tanto en términos de prácticas como de reflexión cultural. Me interesaron entonces al menos tres zonas de su cuestionamiento que quisiera sintetizar brevemente, para luego mencionar dos núcleos conceptuales sobre los que creo se han acumulado complejidades de muy diversa naturaleza que conducen al movimiento de nuevo tipo que llamo los “bordes coloniales”, una especie de reflujo sociocultural que devuelve al Caribe hacia las costas metropolitanas (hacia su geografía, hacia su tradición discursiva y estética) con el peso incontenible de una marea alta.

1. La primera es la que propone la referencia al Caribe en términos de un “lugar” complejo. Ese lugar se resiste a seguir siendo el espacio geográfico llano de los mapas, un emplazamiento vital o existencial; es también, y cada vez con más intensidad, un lugar en el discurso, un territorio de la imaginación que dibuja nuevas cartografías desjerarquizadas. Tradicionalmente examinado como espacio contenido al interior de un concepto: el “Caribe” (que es mar, archipiélago, ámbito de relaciones entre islas y aislamientos), ese encuadre produce objetos y relaciones cómodamente asimilables por una lógica moderna de lo nacional; pero hoy se encuentra atravesado, quizás lo estuvo siempre, por posiciones más laterales, situadas en puntos tangenciales en los que se producen los

3 Siguiendo estos principios epistémicos no resulta extraño comprender por qué el conocimiento del Caribe (de un cierto Caribe) es muchas veces presentado como una suerte de ejercicio de lógica histórica de asimilación, de manera que cada fragmento encuentre su acomodo en el “todo” que le corresponde. Siendo ese “todo” la lógica de la Gran Nación Metropolitana: España, Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Portugal, Holanda.

pliegues que muestran y esconden al mismo tiempo prácticas individuales y comunitarias cada vez más alejadas del ideal decimonónico de “pueblo” o de “identidad nacional”.

2. La segunda zona de interés se relaciona con el examen de la caribeñidad como un programa, un proyecto, una política de vida, una práctica, una experiencia que se debate hoy entre las dinámicas analíticas de universalidad y singularidad, entre esferas de intercambio con la experiencia más abarcadora de la subalternidad – violencia sociopolítica, dominación, colonialidad – y las que hablan de un relato sui géneris de lo caribeño – plantación, trata, mestizaje, etc. ¿Hacia dónde conduce el discurso que produce lo caribeño? ¿A qué públicos interpela? ¿Cuáles economías, del deseo o del consumo, o de ambas cosas, son satisfechas por esa producción? Más allá de las respuestas variables con que puedan ser completadas estas preguntas, lo cierto es que determinados tópicos de nuestra “singularidad” parecen inscribirse muy bien en el proceso general e histórico de la construcción de “otredades” subsidiarias al relato identitario colectivo (el sujeto europeo) y también, contemporáneamente, como suplemento intelectual al interior de determinadas lógicas analíticas, como las de la academia norteamericana.

3. Y en tercer lugar resulta muy significativa, aunque problemática, la idea de construir lo caribeño como un “campo de dominio intercultural”, como territorio desde el que se despliega un análisis extenso y profundo de tópicos y asuntos de la cultura caribeña. Se ha hablado mucho, por ejemplo, del multilingüismo como problema, y las alternativas se polarizan en torno a dos salidas: potenciar la enseñanza multilingüe o incentivar la traducción. Sin embargo, se extrañan las teorizaciones que desde el campo cultural e intelectual podrían derivarse de ambos extremos, atravesando espacios de producción muy diversos entre sí: industria editorial, educación general, vida cotidiana, integración política, etc.

Situado ante ese emplazamiento cenagoso, ese manglar al que nos remite una célebre novela de Maryse Condé (*Traversée de la mangrove*, 1992), un lugar paradójico en el que el mar comienza a endurecerse mientras que la tierra se diluye, cabría preguntarse si aún es posible el planteamiento utópico de una “teoría cultural” propia, cuyas bases conceptuales sigan ancladas en la fijeza normativa del concepto canónico de Caribe, como podría ser, por ejemplo, la emblemática y duradera tesis de la transculturación.

Una antológica caricatura de Gary Larson (“Anthropologists! Anthropologists!”) resume con sencillez algunas de estas cuestiones problemáticas, paradójicas. Ante la llegada no anunciada de los antropólogos, dos aborígenes se aprestan a “ocultar” todo rastro de “civilización” que contamine ese mundo “natural”, “virginal” que de algún modo constituye un campo del deseo ajeno.<sup>4</sup> De manera jocosa, no obstante, a través del marco y la mirada indiscreta del

espectador se ponen en contacto esa economía del deseo antropológico con otra de signo opuesto que la completa y que no es más que una economía de la satisfacción.

A la mirada antropológica que se interesa por el origen, por un territorio no contaminado, libre del ruido “cultural”, preservado en el orden de las cosas “naturales”; se enfrenta una mirada desde lo que pudiéramos llamar una “política de vida”, una experiencia que se desarrolla como resultante de los roces entre el proyecto civilizatorio y la naturaleza. Esta constelación, en fin, nos sitúa ante el tipo de pedagogía turística que ha minado durante siglos, con variaciones y engalanamientos, el examen de lo caribeño, sujeto más al cumplimiento de necesidades ajenas, que a los desarrollos propios de una *manera de estar juntos*, ese principio que anima en buena medida la llamada “etnología del cercano” de Marc Augé. En *Pour une anthropologie des mondes contemporains* (2003), Augé se ha referido a la crisis de la mirada antropológica de corte positivista, cada vez más inoperante para explicar un mundo no solamente globalizado, sino también atravesado por la heterogeneidad<sup>5</sup>.

La exploración de esas cercanías nos conduce al examen cuidadoso de nuevos conceptos en los que se aglutina la complejidad de comportamientos culturales y artísticos que tienen lugar en ese territorio complejo que llamamos Caribe, un lugar concebido por el discurso y un dominio de la experiencia intercultural que no se reconoce como “interior” de ninguna frontera, sino que diseña sus bordes mediante actuaciones transnacionales, transculturales. Esos conceptos estarían atravesados por dos cuestiones esenciales: territorialidad y cotidianidad.

## 1 Territorio

El territorio nace en una posición intermedia entre individuo y comunidad, es testigo de una experiencia del lugar que es, cuando menos, doble. No hay territorio sin mirada que trace coordenadas, horizontes, demarcaciones; y al mismo tiempo se marca el espacio de lo propio en medio de la ajenidad del mundo. El

4 La caricatura de Larson muestra a tres aborígenes que, ante la llegada de los antropólogos, se apresuran a esconder objetos modernos (teléfono, televisión, lámpara...) que se supone no deben formar parte de esa escena „natural“. Véase Larson 1984.

5 “... la dimension individuelle (...) et les mondes sociaux qu’elle traverse et structure ne sont pas homogènes. Les valeurs d’un monde (...) peuvent fonctionner dans d’autres mondes (...) A l’inverse, tout ceux qui appartiennent à un même monde ne partagent pas nécessairement les mêmes valeurs: ils n’appartiennent à un même monde que relativement à certains aspects (ni le monde ouvrier, ni le monde paysan, ni le monde artistique ne sont homogènes)”. (Augé 2003: 129)

trazado territorial abre un lugar en el discurso: *estoy aquí*. La escritura del lugar, el discurso sobre el espacio habitado, se superpone al mapa de esa conexión telúrica. Por eso, creo que resulta muy importante que trabajemos más con los conceptos de geo-poética, de geo-historia, de geo-crítica, como fracturas de la frontera ética y axiológica del logocentrismo. Al estar marcados por el emplazamiento, esos nodos discursivos marcan el horizonte de una conexión compleja entre el sujeto caribeño y su “peculiar” relación con el suelo: un desplazamiento que no solo abre distancias, reales y mentales, frente al origen, sino que aplaza continuamente el proyecto de un “pueblo” homogéneo, el cual es situado como eje central del debate identitario: ¿quién soy? Y, todavía mejor, ¿Quién soy / ahora? Nuestro espacio está atravesado por temporalidades diversas que no se resuelven en duración o que son, en ese sentido, débilmente históricas. Vivimos tiempos dobles y triples (el tiempo colonial-moderno, el poscolonial-posmoderno, el pseudocolonial-globalizado), y por consiguiente habitamos un espacio que se abre hacia las dimensiones múltiples dibujadas por esa heterogeneidad: el espacio del migrante, el espacio del desplazado, el espacio de la identidad colectiva y del reconocimiento comunitario, el espacio de los proyectos y las aspiraciones, el espacio de la experiencia concreta, el de la memoria y del trauma: un espacio-bitácora, una isla-bote, un cuerpo-archivo siempre dispuestos a la partida y al desplazamiento, al arraigo y al asentamiento.

Huelga decir que cada vez parece más necesario el encuentro entre las metodologías analíticas de/para el Caribe y esta noción compleja del territorio. En un espacio académico y disciplinar que parece haber domesticado epistémicamente la cuestión de la “diferencia”, sería muy oportuno re-colocar el análisis del Caribe/de lo caribeño en el entorno de un relato global de la desigualdad o de la dominación global capitalista; o pensar en las líneas de fuga que implican para el relato de las literaturas nacionales y de las regiones lingüísticas del Caribe un acercamiento desde el comparatismo y la transdisciplinariedad; en las fluctuaciones de “valor” y “función” que implican para la actividad crítica enfrentarse al posicionamiento indeciso y abiertamente transgresor (en términos de canon, de legitimidad social o lingüística, de pertenencia cultural) de gran parte de la producción artística de la región.

## 2 Vida cotidiana

Las “políticas de vida” que atraviesan la cotidianidad parecen estar llamadas hoy a ocupar un lugar tópico en la reflexión cultural, que si bien no es central, sí incorpora una dinámica diferencial al análisis de los fenómenos artísticos y sociales, desfigurando la solidez normativa de aquellos conceptos desde los que tradicionalmente se producían los enunciados intelectuales y académicos.

La dificultad que implica hoy hablar de manera unívoca desde los territorios antiguamente estables de una práctica artística concreta (artes visuales, literatura, cine, fotografía...) señala la interrelación profunda que emana de las tangencias entre esas prácticas y las formas de socialización individuales o grupales, tanto en el marco regional como a nivel global. La aldea antropologizada en términos de comunidad imaginada, es más el fruto de una cartografía de la razón iluminista que la evidencia tangible de un territorio atravesado por acontecimientos múltiples y hasta divergentes. En ese sentido, estaríamos ante el reto de pasar del análisis de un Caribe proyectado y modelado desde el discurso de la Razón (una lógica cuyo objeto es un concepto: Caribe es...), al “examen cauteloso” de un nuevo estado de ocurrencia: aquel en el que la solemnidad de los comportamientos estabilizados y sintetizados por la tradición (el objeto transcultural) ceden ante el empuje con que los fenómenos de la vida cotidiana, en los nuevos escenarios territoriales, reclaman un espacio propio de representación y visibilidad.

Situados en el marco de esta caricatura, estaríamos abocados hoy a situarnos en medio de esas dinámicas de visibilización y ocultamiento, a ocupar un territorio en el que sean posibles otras solidaridades y otras comprensiones de la diferencia, otras cohabitaciones, otras formas de estar unos al lado de los otros. Más que a un sincretismo en el orden de lo transcultural quizás se nos convoca hoy a la comprensión de esa heterogeneidad que emana de las convivencias y las cercanías, y de las contaminaciones que se derivan de los roces entre elementos disímiles. Joel James, el gran pensador santiaguero, cubano, hablaba de nuestra cultura como una gran *nganga* (James 2012), un caldero en el que se acumulan potencias disímiles y cuyo poder emana no de una sumatoria indiferenciada, sino de una relación de cercanías, de solidaridades.

Situada frente a la tesis histórica y ya canónica de la transculturación, esa gran *nganga* nos convoca hoy a un análisis meticuloso de la heterogeneidad cultural, cuestión que en el caso de ese Caribe incómodo, suele ser un borde de trazos muy irregulares: identidades traslaticias, saberes rizomáticos, demandas translocales, crisis de singularidad, etc. Y esos trazos, ya lo sabemos, nos son exclusivos del Caribe. Sus contornos arman un eje de desigualdades y desestructuraciones de alcance mundial cuyas fronteras más que expandirse desde los antiguos centros metropolitanos, parecen ramificarse en bordes incesantes sobre las costas de antiguos saberes.

## References

- Augé, Marc (2003). *Pour une anthropologie des mondes contemporains*. Paris: Flammarion.
- Benítez Rojo, Antonio (1989). *La isla que se repite: el Caribe y la perspectiva posmoderna*. Hanover: Ediciones del Norte.
- Bosch, Juan (1970). *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Condé, Maryse (1992). *Traversée de la mangrove*. Paris: Gallimard.
- Glissant, Edouard (1981). *Le Discours Antillais*. Paris: Éditions du Seuil.
- James Figarola, Joel (2012). *Cuba, la Gran Nganga*. La Habana: Editorial José Martí.
- Larson, Gary (1984). "Anthropologists! Anthropologists". En: *The Far Side*. Kansas City: Andrews McMeel Publishing.